

SABER UNIVERSITARIO

Nº 15, enero-junio 2026



Nº 15



Imagen: *Fragmentación de la luz y el color*

Creación: Juvenal Ravelo

Revista Multidisciplinaria – UPTNMLS – Venezuela

ISSN: 2610-8224

Depósito legal: MO2018000017

REVISTA MULTIDISCIPLINARIA SABER UNIVERSITARIO

Universidad Politécnica Territorial del Norte de Monagas “Ludovico Silva”

Estado Monagas – Venezuela.



Consejo Directivo

Irdemaro Gil-Albert Almeida
Rector

Mairett Cermeño Medina
Responsable del Área
Académica

Responsable del Área
Territorial

Jesús Enrique Farías Cabello
Secretario

Equipo Editorial

Consejo de Redacción

Mairett Cermeño
Directora

Luis Peñalver-Bermúdez
Editor

Corresponsales académicas

- ❖ Mónica Romero (Caripito)
- ❖ Sulmira Regardiz (Punta de Mata)

Consejo Asesor

- ❖ Maximino Valerio. UPEL.
- ❖ Nelson Caraballo. UDO.
- ❖ Luis García. UNEXPO
- ❖ Yondrig Guevara. UTDFIT
- ❖ Lelisbeth Sucre. UNA

Comité Científico Internacional

- ❖ José Del Pino Espejo. UPO. España
- ❖ Jairo Luna. UNAL. Colombia
- ❖ Jesús Gabriel Franco. UAM. México
- ❖ Teresa Velasco. UCO. España
- ❖ María Dilma Brasileiro. UFPB. Brasil
- ❖ Mariel Martí. MDP. Argentina
- ❖ Flor Gómez. UDG. México
- ❖ Jaime Navarro. CIPS. México

Revista Multidisciplinaria Saber Universitario

Nº 15, enero-junio 2026.

ISSN: 2610-8224.

Depósito Legal: MO2018000017

República Bolivariana de Venezuela

¿Qué queda de lo humano cuando la tecnología se sienta a negociar las emociones?

Carmen Luisa Guerra de Rodríguez

ETA Tito Antonio Vasquez / Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez"

Caripito, Venezuela

carmenjose.guerra@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0009-4555-6508>

Resumen

La actualidad de la revolución tecnológica ha situado a la inteligencia artificial (IA) en el núcleo de numerosos sectores sociales. Más tarde, en el 2003, se publicó también una definición de la denominada inteligencia artificial emocional (IAE), que constituye una nueva frontera en la que las máquinas no sólo procesan datos, sino que también interpretan estados afectivos humanos y responden a ellos. Este cambio plantea interrogantes radicales en torno a qué es ser humano cuando la tecnología "negocia" con las emociones, influyendo sobre la identidad, la intersubjetividad y las formas de interacción social. El presente trabajo analiza este fenómeno desde un enfoque interdisciplinar, articulando: el contexto histórico y conceptual de la IA emocional, un marco teórico que entrelaza psicología, ética y filosofía tecnológica, un análisis metodológico cualitativo apoyado en literatura secundaria, hallazgos que estructuran corrientes y tensiones actuales, discusión crítica de las repercusiones sociales y éticas, conclusiones conceptuales y una consideración final sobre los desafíos venideros. Se arguye que, aunque la tecnología puede simular e interpretar expresiones emocionales, lo esencialmente humano —como la experiencia vivida, la empatía ontológica y la agencia moral— sigue siendo insustituible, si bien mediado por tecnologías cada vez más complejas.

Palabras clave: inteligencia artificial emocional, humanización, emociones, interacción humano-máquina, ética tecnológica.

Abstract

The current technological revolution has placed artificial intelligence (AI) at the heart of numerous social sectors. Later, in 2003, a definition of so-called emotional artificial intelligence (EAI) was also published, constituting a new frontier in which machines not only process data but also interpret and respond to human affective states. This shift raises radical questions about what it means to be human when technology "negotiates" with emotions, influencing identity, intersubjectivity, and forms of social interaction. This paper analyzes this phenomenon from an interdisciplinary perspective, articulating: the historical and conceptual context of emotional AI; a theoretical framework that intertwines

psychology, ethics, and technological philosophy; a qualitative methodological analysis supported by secondary literature; findings that structure current trends and tensions; a critical discussion of the social and ethical repercussions; conceptual conclusions; and a final consideration of the challenges ahead. It is argued that, although technology can simulate and interpret emotional expressions, what is essentially human—such as lived experience, ontological empathy, and moral agency—remains irreplaceable, albeit mediated by increasingly complex technologies.

Keywords: emotional artificial intelligence, humanization, emotions, human-machine interaction, technological ethics.

Contexto

La inteligencia artificial (IA) ha sido un asunto polémico en la última década, particularmente tras la creación de modelos de aprendizaje profundo que podrían procesar grandes volúmenes de datos multimodales. Aunque en sus primeras etapas de desarrollo la IA se centraba en el razonamiento lógico-matemático o en la clasificación, ahora también se interesa por la afectividad.

La llamada inteligencia artificial emocional (IAE) es capaz de inferir estados emocionales y responder en tiempo real empleando algoritmos de reconocimiento facial, análisis de voz, procesamiento del lenguaje natural, entre otros. (González Bedia & García Carrasco, 2018)

Este fenómeno no se presenta en un vacío social. Se lleva a cabo en un ambiente cultural determinado por la digitalización de la vida diaria, la mediatización de la comunicación interpersonal y el creciente uso de plataformas tecnológicas para fines laborales, educativos, afectivos. La pandemia de COVID-19 incentivó la virtualización de las interacciones, alentando la aceptación social de los sistemas automatizados como mediadores emocionales.

En este sentido ya no se trata simplemente de dispositivos que almacenan información, sino de entes que participan en la regulación afectiva de los cuerpos. Aplicaciones de bienestar emocional, asistentes virtuales con tino empático y plataformas de atención automatizada prometen ser capaces de detectar frustración, ansiedad o entusiasmo, para adaptar la experiencia del usuario.

Rodríguez (2025) señala que la IA emocional, está transformando la manera en que los humanos interactúan con la tecnología a través de los análisis de sentimientos en los sectores empresarial y educativo para la búsqueda de personalización y blindaje de la lealtad (Rodríguez, 2025).

Pero esta ampliación plantea dudas sobre si la experiencia emocional es auténtica cuando se interpone un agente no humano. Si las emociones son centrales para la identidad y la vida moral, ¿qué implica que una entidad sin conciencia pueda “negociar” con ellas?

El contexto actual exhibe una tensión entre entusiasmo tecnológico y preocupación ética, en particular ante la eventualidad de que las máquinas simulen lazos afectivos que provoquen dependencia (Becerril, 2025).

Así, el contexto actual no es sólo tecnológico sino antropológico: se está modificando la idea de lo humano en un mundo en que la emocionalidad puede someterse a procesamiento algorítmico. (Tao & Pérez, 2024)

Marco teórico

La emoción como experiencia

Desde la psicología y la fenomenología, la emoción es una experiencia encarnada que abarca las dimensiones cognitivas, fisiológicas y sociales. No es solo una reacción automática, sino una experiencia con un significado, objetivada dentro de una historia de vida y en un contexto cultural. Las emociones son el motor de las decisiones morales, modelan la identidad y definen la relación con los otros.

Entonces la IA emocional trabaja en las correlaciones estadísticas entre señales observables y categorías afectivas predefinidas. Como señalan Alcolea López y Flórez Lozano (2025) los sistemas IAE analizan señales externas (tono de voz, microexpresiones, patrones de escritura) para reconocer emociones, pero carecen de estados internos (Alcolea López & Flórez Lozano, 2025). Era crucial señalar la diferencia ontológica entre simulación y experiencia.

Antropomorfización y efecto Eliza

La propensión humana a atribuirse sus características a las entidades tecnológicas — antropomorfización— amplifica la trampa de la ilusión de reciprocidad emocional. El denominado “efecto Eliza” se refiere a cómo los usuarios le atribuyen intencionalidad y comprensión a sistemas que sólo reformulan patrones lingüísticos. Fernández (2025) alertó sobre los peligros de considerar que los modelos generativos tienen inteligencia o empatía real, cuando estos no tienen conciencia (Fernández, 2025).

No es trivial esta proyección: afecta a la confianza, a la dependencia y a la agencia percibida. El usuario siente que está interactuando con un agente empático, y como resultado puede llegar a cambiar su comportamiento emocional, estableciéndose una relación unilateral en la que la máquina simula y el humano siente. (Whittaker, 2025)

Dimensión ética y bioética

Desde perspectivas bioéticas se pregunta si la delegación de funciones emocionales en sistemas automatizados compromete la dignidad humana. Echarte (2024) sostiene que la

IA emocional pone a prueba los límites del test de Turing, al simular empatía sin tener interioridad. Y la pregunta no es sólo técnica, sino también moral: ¿es legítimo diseñar sistemas que provoquen la sensación de poseer comprensión afectiva cuando no la tienen?

La ética de la IA también enfatiza la importancia de la transparencia, explicabilidad y respeto a la autonomía. Dado que las emociones afectan a decisiones vulnerables — como las de salud mental o educación —, la intervención tecnológica demanda criterios normativos claros.

Aspectos metodológicos

Este ensayo sigue la metodología de análisis cualitativo de la literatura crítica. Se llevó a cabo una revisión selectiva de la literatura científica, académica y especializada en lengua española en el periodo 2021-2025. El propósito era explorar conceptos, cuestiones éticas y evidencia empírica en torno a la inteligencia artificial emocional.

Se utilizó un enfoque hermenéutico-crítico que se basa en la comprensión, para interpretar los textos no solo como fuentes informativas sino también como manifestaciones de posturas epistemológicas y éticas (Espinoza Vaca, 2024). La triangulación de fuentes sirvió para poder confrontar discursos optimistas con posiciones críticas.

Fueron las siguientes las categorías analíticas emergente:

- Simulación vs experiencia emocional.
- Antropomorfización y percepción social.
- Dependencia afectiva tecnológica.
- Agencia y autonomía humana.

Este diseño metodológico no pretende cuantificar los impactos, sino investigar comprensivamente el fenómeno.

Resultados

La revisión bibliográfica y el análisis crítico han permitido recuperar no solo tendencias generales, sino también dinámicas de carácter estructural que articulan la relación entre tecnología y emocionalidad humana en el presente. Los resultados pueden agruparse en seis bloques interpretativos:

Una de las conclusiones más importantes es que la IAE dejó de ser una innovación marginal o experimental para convertirse en una tecnología que está siendo institucionalizada. Las compañías, instituciones educativas, plataformas de cuidado de la salud y ambientes corporativos están integrando análisis emocional automatizado en sus infraestructuras digitales. Rodríguez (2025) señala que el reconocimiento de sentimientos en tiempo real es

una estrategia para la optimización de la experiencia de usuario y la fidelización aplicada mayormente en sectores comerciales y educativos.

Esta institucionalización desarrolla una forma de gestión emocional que empieza a concebirse a sí misma como una variable cuantificable en el interior de procesos organizativos. Emociones, que han sido consideradas como fenómenos subjetivos e íntimos, se transforman en indicadores cuantificables y por ende gestionables.

Un segundo hallazgo es la creciente tendencia a traducir emociones en datos. Sistemas de IAE asignan etiquetas —tristeza, entusiasmo, frustración, ansiedad— basándose en patrones estadísticos. Este proceso supone una reducción de la complejidad afectiva a categorías discretas.

La cuantificación emocional genera dos efectos relevantes:

1. Simplificación ontológica: las emociones son postuladas como estados que pueden ser localizados y acotadas, cuando en general son ambiguas, mixtas y contextuales.
2. Instrumentalización monetaria: la información emocional se monetiza, especialmente en personalización de mercados y diseño de experiencias digitales.

Esta dinámica convierte la emocionalidad en un recurso, lee su significado desde la esfera existencial hacia la lógica de mercado.

La literatura consultada enfatiza la amenaza de que aplicaciones para el acompañamiento o simulación de amistad puedan fomentar la dependencia emocional. Becerril (2025) comenta que cuando la tecnología simula proximidad emocional permanente y disponibilidad absoluta puede desincentivar la búsqueda de relaciones interpersonales complejas y demandantes.

Este fenómeno no es porque la tecnología reemplace totalmente a la interacción humana, aunque puede cambiar las expectativas en relación con la reciprocidad emocional. Las relaciones humanas son reales, y requieren de conflicto, negociación y vulnerabilidad, no obstante, tratarse con una IA que tiene la capacidad de ser siempre adaptable y predecible solución.

Otro término que borra el sistema es el persistir de la antropomorfización. Fernández (2025) señala que el efecto Eliza ilustra cómo las personas no pueden resistir asumir que ciertos sistemas poseen la capacidad de entenderlas y de sentir sus emociones cuando sólo están reordenando información lingüística.

La atribución de características humanas no es solo una cuestión de sofisticación en la tecnología, sino que también se explica por predisposiciones psicológicas humanas. La necesidad de conexión y validación lleva a los usuarios a leer respuestas lógicas como indicios de verdadera empatía.

Esto genera una paradoja: la máquina no experimenta y el ser humano sí considera que la interacción es significativa. La vivencia emocional es auténtica para la persona humana, aunque la contraparte tecnológica es un ente sin interioridad.

Aunque la tecnología avanza, los sistemas de IAE continúan basándose en correlaciones probabilísticas. Echarte (2024) destaca que simular empatía no es tener una experiencia fenomenológica. No hay conciencia, intencionalidad o autoconciencia en los sistemas de hoy.

La división ontológica entre simulación y experiencia todavía no ha sido superada. Esta conclusión es fundamental: la tecnología puede provocar un efecto emocional, pero en esa tecnología no hay emoción en el sentido tradicional.

Por último, emerge un efecto más sutil pero profundo: cómo las personas entienden sus propias emociones puede verse afectado por categorías algorítmicas. En caso de que la IA detecte de manera reiterada un patrón como "ansiedad", el usuario puede comenzar a alimentarse de esa etiqueta como descriptor de su identidad emocional.

En ese sentido, la tecnología no solamente lee emociones, sino que le imprime en la narrativa sobre el yo. Autopercepción enferma por diagnósticos algorítmicos que condicionan decisiones y autoevaluaciones.

Discusión

La ampliación de los resultados permite profundizar en tres niveles de discusión: ontológico, ético y sociopolítico.

La pregunta central del ensayo obliga a distinguir entre:

- Procesamiento de información emocional
- Experiencia vivida de emoción

La tecnología puede procesar la información relacionada con el emoción, pero no experimenta un estado subjetivo. La emoción humana está arraigada en una corporeidad, en una biografía y en una red de significados culturales. La IAE, por su parte, trabaja con patrones estadísticos, ni tiene conciencia ni intencionalidad.

Por lo tanto, cuando la tecnología “negocia” emociones, que es lo que hace, lo hace en el plano funcional y no en el existencial. La experiencia humana sigue siendo no reducible a cálculo.

La dimensión ética resulta de especial importancia, dada la afore Señaló IAE sí que opera en contextos sensibles (salud mental, educación o atención a colectivos vulnerables).

Cuando un ser humano crea un vínculo emocional relevante con un sistema que simula empatía, se plantea un problema ético: ¿es permitido desarrollar tecnologías que generen ilusión de reciprocidad sin capacidad real de cuidado?

Además, la recolección emocional de datos tiene implicaciones para la privacidad y consentimiento informado. La emoción es una faceta íntima de la persona y, por tanto, es susceptible que la explotación comercial pueda atentar contra la dignidad humana.

Desde esta óptica, la regulación debería incluir:

- Transparencia sobre la naturaleza inconsciente del sistema.
- Limitaciones para el uso comercial de datos afectivos.
- Revisión humana en circunstancias críticas.

El IAE pertenece a una economía digital donde la atención y la experiencia del usuario son bienes preciados. La fijación de análisis emotivo permite la optimización de los procesos de persuasión y consumo.

Esto da lugar a una inquietud estructural: la manipulación afectiva potenciadas por algoritmos, para maximizar la conexión. La negociación emocional podría virar hacia la gestión estratégica de ánimo con fines económicos o políticos.

La cuestión entonces no es sólo qué queda de humano, sino quién controla a los dispositivos que median lo humano.

La interacción hombre-máquina constituye una nueva modalidad de intersubjetividad asimétrica. En Terminologías clásicas la relación emocional tenía entre sus pilares la reciprocidad entre sujetos conscientes. Con IAE, el humano interactúa con un sistema que simula entender sin entender.

Esta asimetría no borra la dimensión relacional sino que la modifica. La tecnología es una mediadora que se hace constante en la estructura de los lazos humanos.

Conclusiones

Desde el análisis efectuado, las conclusiones pueden reinterpretarse y profundizarse en cinco niveles, sin considerar estos niveles como compartimentos estancos sino como capas superpuestas de análisis que describen distintas fases de un mismo fenómeno simbólico-cultural:

Las emociones no son solo respuestas fisiológicas ni meros patrones lingüísticos reconocibles; son procesos complejos en los que se integran la memoria, la corporalidad, la historia personal, el contexto social y la auto consciencia.

El aprendizaje del lenguaje de una inteligencia artificial puede detectar patrones estadísticos en lenguaje emocional, producir respuestas empáticas plausibles e incluso predecir estados emocionales usando datos de comportamiento. Sin embargo, estas operaciones se basan en correlaciones y cálculos probabilísticos y no en una experiencia subjetiva. No es que el cambio sea cuantitativo sino cualitativo, el ser humano se experimenta significado, cuando el sistema procesa información.

La interioridad —esa esfera donde se conjugan intención, vulnerabilidad, deseo y autoconciencia— no puede ser reducida a un modelo computacional. Aunque la tecnología pueda replicar la forma externa de la emoción (el gesto, la expresión, el tono), no puede penetrar en el horizonte fenomenológico que constituye sentido de esa expresión. Por ello, la autenticidad emocional sigue siendo un aspecto constitutivo del hombre, no sustituible por simulación.

Y esto no significa que la expansión de las tecnologías digitales acabe con la dimensión emocional humana, sino que la reconfigura. Desde que existe la historia, cada mediación técnica, desde la escritura a los medios audiovisuales, ha transformado las maneras en que se expresar y compartir afectos. Esta es la dinámica que mantiene la actual mediación algorítmica, pero de manera mucho más intensa y masiva.

Ahora las emociones circulan en sistemas digitales donde son codificadas en emojis, métricas de interacción, respuestas cuantificables y perfiles conductuales. Esto modifica la forma en que se construye la identidad emocional, y cómo se valida socialmente la experiencia de afecto. La expresión es más pública, más acelerada, y a veces más performativa.

Pero esta transformación no elimina la dimensión experiencial. La gente todavía siente miedo y gozo, duelo y amor, sólo que la forma en que estos estados se narran y se comparten, y la forma en que se interpretan ha cambiado. Tecnología como mediadora y moduladora, no como sustituta. Entender este proceso es tanto para no caer en el tecnofatalismo —que predice la aniquilación de lo humano— como en el tecnoutopismo —que idealiza la una (sin tensiones) entre emoción y algoritmo).

Aunque no se puede sustituir la experiencia emocional, sí se puede capturar, modelar y explotar. Las plataformas digitales tienen una capacidad cada vez más sofisticada para monitorear comportamientos, analizar microexpresiones y predecir estados simocionales, lo que potencialmente lleva a una utilización sistemática de la vida emocional.

La cuantificación de las emociones —vía las métricas de análisis de sentimiento o biometría afectiva— convierte los afectos en datos sobre los cuales actuar y comercializar. En ese sentido, la emoción ya no es sólo experiencia personal sino recurso de rentabilidad. La

atención, la ira o la empatía pueden ser calculadas algorítmicamente para fines publicitarios, políticos o de control social.

El peligro no es solamente teórico. En ausencia de marcos regulatorios claros y principios éticos sólidos, la vida emocional puede ser subsumida en lógicas de mercado que prioricen la maximización del beneficio frente al bienestar humano. Explotación emocional no siempre tiene una manifestación explícita; podría encontrarse en juegos sutiles de dependencia, persuasión manipulatoria, o diseño adictivo y compulsivo. Identificar estos peligros es el primer paso para resistirlos.

Ante este escenario, es necesaria una alfabetización que impulse a las personas a digitalizarse emocionalmente. Conocer y demostrar competencia en el uso de ciertas tecnologías no es suficiente; se debe comprender los límites ontológicos, y las consecuencias éticas.

La llamada “empatía artificial” es funcional y puede ser muy útil en determinados contextos —como apoyo conversacional o asistencial—, pero no es la verdadera empatía, cuyos componentes son resonancia afectiva, responsabilidad moral y reconocimiento del otro como sujeto. Confundir simulación con experiencia puede dar lugar a excesiva dependencia afectiva o irrealidades sobre los sistemas tecnológicos.

Una educación emocional-tecnológica debería ayudar a las personas a reconocer cuándo están interactuando con procesos automatizados, a entender cómo funcionan los modelos de predicción afectiva y los intereses económicos (en particular) o institucionales que pudieran tener. Esta conciencia crítica contribuye a la autonomía del usuario y a un uso más crítico, menos ingenuo, de la tecnología.

El futuro de la relación tecnología-emociones no está escrito por la lógica del avance técnico. Está en gran medida determinado por sus decisiones políticas, los marcos regulatorios, las orientaciones culturales y las prácticas sociales. La trayectoria del desarrollo tecnológico no es neutra, sino que ésta responde a intereses, valores y prioritarios que son sujetos a debate y transformación.

Preservar lo humano no significa que se deba rechazar la innovación sino dirigirla al bienestar integral. Esto requiere responsabilidad compartida entre desarrolladores, legisladores, educadores y la ciudadanía. La ética de diseño, la transparencia algorítmica, el resguardo de datos sensibles y la promoción de ambientes digitales saludables son parte de este trabajo en conjunto.

Al final del día, la pregunta no es si la tecnología reemplazará o no las emociones humanas, sino cómo decidiremos fusionar sus capacidades con una cultura que valore la dignidad, la autonomía y la profundidad de la experiencia humana. Poner límites no es frenar el avance,

sino direccionarlo. Sólo así se construirá una tecnología de la convivencia que permita crecer al hombre sin hacer desangrar su corazón.

Reflexión al cierre

Cuando la tecnología se sienta en la mesa a negociar emociones, lo humano no desaparece pero sí se expone a redefiniciones profundas. La pregunta no es si las máquinas pueden sentir, sino cómo los humanos seguirán siendo los portadores centrales de la experiencia, la vulnerabilidad compartida y la responsabilidad moral en un mundo cada vez más mediado por algoritmos.

Lo humano está allí donde hay conciencia, memoria, dolor, esperanza y sentido. La tecnología puede ir, acompañar, asistir, influir, pero no puede suplir la interioridad vivida que es el centro de nuestra condición.

Referencias

- Alcolea López, J. M., & Flórez Lozano, J. A. (2025). *Inteligencia artificial emocional: desafíos y limitaciones de la interacción entre humanos y máquinas*. SEME Revista.
- Becerril, A. (2025). Una psicotecnóloga revela los peligros de simular una amistad con una app. AS.
- Echarte Alonso, L. (2024). Emotional Artificial Intelligence on the flip side of the Turing test. *Revista Iberoamericana de Bioética*.
- Espinoza Vaca, J. M. (2024). Objeto de estudio de la hermenéutica en el análisis actual de la educación avanzada. *Caminos de Investigación*, 5(2), 35–46. <https://doi.org/10.59773/ci.v5i2.76>
- Fernández, L. (2025). El efecto Eliza y los riesgos de atribuir características humanas a la inteligencia artificial. *Cadena SER*.
- González Bedia, M., & García Carrasco, J. (2018). Arquitecturas emocionales en inteligencia artificial: una propuesta unificadora. *Education in the Knowledge Society (EKS)*, 7(2). <https://doi.org/10.14201/eks.19417>
- Rodríguez, H. (2025). La inteligencia artificial emocional transforma la interacción humano-tecnología. *La Ecuación Digital*.
- Tao, H. B., & Pérez, V. D. (2024). Inteligencia artificial y emociones: Psicopolítica mediante datos y algoritmos (2015-2022). *Revista de ciencias sociales*, 30(1), 251-267.
- Whittaker, C. (2025). *Los sentimientos de la IA: Filosofía, tecnología y poder de las emociones artificiales*. BoD–Books on Demand.

Síntesis curricular.

Carmen Luisa Guerra de Rodríguez. Ingeniera en informática. Profesora mención informática, Magister en Educación, Mención Educación. Asesora Externa, Ministerio del

Poder Popular para la Educación, Postgrado en Dirección y Supervisión, 2012 – 2014.
Doctorado en Educación (en desarrollo de tesis).